

LAS METAS DE LA UNIVERSIDAD EN EL SIGLO XXI
ACTO DE INVESTIDURA DE ADELA CORTINA COMO DOCTORA HONORIS
CAUSA DE LA UNIVERSIDAD DE ALCALÁ

8 de septiembre de 2015

Excmo. y Mfco. Sr. Rector de la Universidad de Alcalá, D. Fernando Galván, autoridades académicas y civiles, claustro de profesores, señoras y señores, amigas y amigos todos, recibir la invitación para ser investida Doctora Honoris Causa por una universidad es siempre un honor y una alegría, y en este caso por una universidad de larga historia y bien merecido prestigio como la de Alcalá de Henares.

Vaya, pues, por delante mi más cordial agradecimiento al Departamento de Historia y Filosofía, del que surgió tan generosa iniciativa, al claustro de profesores y al Rector Mfco., que la acogieron con agrado, y muy especialmente al profesor Serafín Vegas, que ha pronunciado una *laudatio* tan desmedida en elogios como cordial. Que un profesor de su calidad sea mi padrino es sin duda un orgullo. Espero poder corresponder a la confianza que depositan en mí los miembros de esta secular universidad colaborando en sus tareas con cuanto esté en mi mano. Lo cual es, evidentemente, no sólo un privilegio, sino también un compromiso con esta institución tan significativa para la ciudad de la que es pieza esencial desde que abrió sus puertas en 1508.

Ciertamente, como ha dicho entre otros Germán Marquínez, Alcalá de Henares ha recibido el honroso título de *ciudad de las letras* porque en ella nació Miguel de Cervantes, pero sobre todo porque en su universidad cursaron estudios Lope de Vega, Francisco de Quevedo, Tirso de Molina y Calderón de la Barca, entre otros escritores de la Edad de Oro; pero también en ella se formaron políticos, hombres de Estado, humanistas y científicos, e incluso la primera doctora de la historia de España, y justamente en filosofía. El temor y temblor de estar pisando tierra sagrada es difícil de evitar, como también la pregunta sobre qué hacer hoy para prolongar esa bien trabada

tradición, que empezó abriendo sus puertas a corrientes renacentistas y humanistas.

La respuesta no puede consistir -creo yo- sino en asumir una antigua virtud, la *fidelidad*, en este caso la fidelidad a las metas que han ido dando sentido a la actividad universitaria a lo largo de la historia, aunque persiguiéndolas del modo que requiere el marco ético y social del siglo XXI.

Porque, como bien dice Aristóteles, la vida humana se forja a través de la trama de actividades sociales que la componen: actividad política, sanitaria, educativa, económica y tantas otras. Y cada una de ellas cobra su sentido de perseguir unas metas, unos bienes internos, que son las que les dan sentido y -añadiría yo- les dan legitimidad social. Con las actividades se alcanzan también unos bienes externos, que son semejantes en todas ellas, como el dinero, el prestigio o el poder, aunque se consigan en más o en menos. Pero son los bienes internos los que les dan sentido, los que las hacen sumamente valiosas para la sociedad. Hasta el punto de que resultan irremplazables.

Cambiar los bienes internos de una actividad por los externos es la fórmula infalible para corromperla, para hacerle perder la naturaleza que le es propia y condenarla al descrédito. Como sucede en demasiados casos en la política o en la empresa, pero no sólo en ellas, llevando a esa desmoralización generalizada, que impide construir un mejor mundo.

En estos tiempos en que se ha hecho evidente la necesidad de reformar la institución universitaria y son voces de muy distinto signo las que reclaman un cambio profundo, reflexionar sobre los bienes internos de la actividad universitaria, reflexionar sobre sus metas, es una tarea ineludible a la que voy a dedicar el tiempo de que dispongo. Porque la institución ha de ponerse al servicio de las metas de la actividad. Es decir, la forma de gobierno de la universidad, la selección del profesorado y sus responsabilidades, los deberes de los estudiantes y las tareas del personal de administración y servicios han

de ajustarse a esos bienes internos que convierten a la institución universitaria en un bien común.

No sólo en un bien público, que algunas personas producen y todas se benefician de él, sino en un bien común, porque es la sociedad en su conjunto quien lo genera y es a esa sociedad a la que tiene que servir.

Por eso la autonomía de la universidad consiste -a mi juicio- en exigir que la gestión de la docencia y la investigación no dependan del poder político ni del económico, para estar en disposición de servir a la sociedad a la que se deben.

¿Cuáles serían, pues las metas de la actividad universitaria a la altura del siglo XXI?

Siguiendo los pasos de la tradición originaria, *formar profesionales* sería la primera de ellas. Profesionales, y no sólo técnicos, tanto en Humanidades, en Ciencias Sociales y en "Naturalidades" (por decirlo con Ortega), como también en las ingenierías, en arquitectura o en las tecnologías de la información. El buen profesional conoce y aprecia los fines, los valores y las excelencias de su actividad profesional. Y con ello previene frente a la tecnologización de la vida, frente al triunfo de lo que los miembros de la Escuela de Frankfurt llamaron "la razón instrumental", que sólo entiende de medios, y nada sabe de fines.

Pero quien nada sabe de fines es incapaz de apreciar el valor de las personas que, por decirlo con la radical afirmación kantiana, tienen dignidad, y no un simple precio. Precisamente porque son fines en sí mismas y no medios para otras cosas, porque valen por sí mismas, y por eso instrumentalizarlas es inmoral, por contrario a la razón. Quien sólo entiende de medios, quien se maneja en los estrechos parámetros de la racionalidad mesológica, somete todas las cosas al cálculo y la medida, al precio de las mercancías y a la insufrible conversión de la calidad en cantidad.

Y no sabe que las profesiones y las actividades sociales todas cobran su sentido y grandeza cuando están al

servicio de la dignidad de las personas, y cuando apuestan por cuidar de la naturaleza, como han recordado los movimientos ecologistas, y recientemente el Papa Francisco en su encíclica *Laudato sí'*.

Continuando con las metas que, a mi juicio, convienen a la universidad del siglo XXI, tomaré las tres siguientes del modelo que diseñó Humboldt y se plasmó en la Universidad de Berlín en 1809, ese modelo que recibió el nombre de "Universidad Liberal". En ella se entiende la universidad como *universitas scientiarum*, como totalidad de los saberes, entre los que existe una *unidad*, gracias al papel unificador que desempeña la filosofía. Las tareas de la actividad universitaria serían entonces: el entrenamiento en la búsqueda de la verdad (y yo añadiría: de la justicia), generando hábitos de investigación [¿cómo sería posible ser un buen universitario sin la pasión por investigar, por descubrir?]; la transmisión del saber a las generaciones más jóvenes, que hoy se amplía a las generaciones de adultos, deseosos de saber justamente cuando la vida les deja el ocio indispensable para hacerlo; y la deliberación abierta y crítica, en la comunidad de los que aspiran a lo verdadero y a lo justo.

Todo ello va generando ese *êthos universitario*, que consiste en la búsqueda desprevénida de la verdad y la justicia en la discusión de una comunidad alérgica al dogmatismo, situada en las antípodas de la indoctrinación y de los sesgos ideológicos cerrados, consciente de que la universidad es plural, como lo es la sociedad, y de que ningún grupo está autorizado para imponer sus propuestas como si fueran las únicas. El pluralismo es, como bien señalaba Rawls, un hecho y a la vez un bien precioso a proteger.

Pero para lograrlo es necesario contar con una *auténtica comunidad* universitaria, que no se deja reducir a las tecnologías de la información ni a los cursos *on line*, sino que se sirve de ellos para generar una comunicación más fluida, aprovechando el poder de los nuevos medios, en

esa comunidad de maestros y discípulos, que ocupan ahora el espacio de las "ciberaulas".

Nunca fue tan fácil entrar en contacto con colegas y estudiantes de todos los lugares del mundo. Pero "contactar" no es lo mismo que "comunicarse", ni mucho menos es lo mismo que "dialogar". Construir una *universitas* que traspase los muros de las aulas locales y siga siendo una auténtica universidad exige no dejarse persuadir por mensajes unilaterales, por eslóganes más o menos impactantes, no caer en las manos del encarnizamiento informativo que puede llevar a la parálisis, sino optar por una nueva forma de comunidad de diálogo y deliberación, capaz de discernir y de generar un verdadero conocimiento.

Qué duda cabe de que cualquier reforma universitaria deseable debería emprender la tarea titánica de establecer los requisitos institucionales indispensables para que sea posible esa comunidad dialogante, poniendo barreras a las luchas intestinas, al afán de poder, a esos enemigos internos que pueden ser más peligrosos que los externos. Las dificultades para crear comunidades auténticas no proceden tanto del número excesivo de sus miembros o de su extensión espacial, como de los malos hábitos que es preciso mudar.

Y cualquier reforma universitaria pensable debería acabar con la lacra de la burocratización, que está suponiendo un insostenible despilfarro de energía, una malversación del tiempo y de las capacidades que deberían dedicarse a la investigación y la docencia. Si aplicáramos el cálculo coste-beneficio al empleo del tiempo del profesorado en burocracia el resultado sería demoledor para las metas de la universidad. No digamos ya si se hiciera el cálculo del coste de oportunidad.

Por otra parte, la universidad humboldtiana contaba con un bagaje que hoy se ha perdido: la convicción de que late una unidad del saber bajo la diversidad de los conocimientos. La actual fragmentación de los saberes destruye cualquier idea de unidad entre ellos, cuando lo

cierto es que la razón humana sigue siendo la misma, aunque ejerza sus funciones a través de diferentes usos.

Y esto sucede justamente cuando se hace más patente que nunca que es imposible responder a los problemas sociales sin contar con la cooperación de saberes diversos. Cualquier cuestión científica, cualquier problema social necesitan la colaboración de científicos y humanistas. La realidad es empecinadamente interdisciplinar, y, sin embargo, las universidades fragmentan sus *campus* y dificultan el trabajo conjunto. Como se ha dicho en alguna ocasión: la realidad tiene problemas y las universidades, departamentos. Ésta experiencia del trabajo conjunto es la que venimos viviendo desde hace casi 25 años en la Fundación ÉTNOR, para la ética de los negocios y las organizaciones.

A mi juicio, una universidad proactiva debería recuperar la unidad del saber a través del vínculo ético que une a las distintas esferas. Es el trabajo interdisciplinar desde la reflexión sobre las metas, los valores, los principios, las virtudes y los medios adecuados de cada actividad, es decir, desde la reflexión ética sobre cada una de ellas, el que muestra de nuevo el hilo conductor de la unidad del saber y el que ayuda a resolver los problemas que desbordan las posibilidades de cada ámbito epistemológico, abandonado a su suerte.

Por último, y por poner fin a esta intervención, ¿cuál sería el móvil, cuál sería el motor que pondría en marcha todo este edificio? Trataré de responder recurriendo a un relato de Habermas en su libro *Perfiles filosófico-políticos*.

"Poco antes de su octogésimo cumpleaños -cuenta Habermas-, preparando una entrevista con este motivo, Marcuse y yo mantuvimos un largo diálogo sobre cómo podíamos y debíamos explicar la base normativa de la teoría crítica".

No era fácil encontrar la respuesta. El profeta de Israel exigía justicia para el huérfano y para la viuda en el nombre de Yahvé, pero ¿qué mueve a un hombre en un mundo plural a buscar una base normativa para criticar las injusticias? La respuesta -continúa Habermas- la dio el

propio Marcuse dos años más tarde cuando, ya en un hospital de Francfort, se anunciaba el principio del fin. "¿Ves? -le dijo- ahora sé en qué se fundan nuestros juicios valorativos más elementales: en la compasión, en nuestro sentimiento por el dolor de los otros".

A mi juicio, una universidad del siglo XXI se ve instada a formar ciudadanos de su tiempo, de su lugar concreto, y abiertos al mundo. Sensibles a los grandes desafíos, entre los que hoy contarían el sufrimiento inefable de quienes buscan refugio en esta Europa, que ya en el siglo XVIII reconoció el deber que todos los países tienen de ofrecer hospitalidad a los que llegan a sus tierras, el drama de la pobreza extrema, el hambre y la indefensión de los vulnerables, los millones de muertes prematuras y de enfermedades sin atención. Si la universidad quiere perseguir sus metas en nuestro tiempo, tendrá que educar, pues, ciudadanos compasivos, capaces de asumir la perspectiva de los que sufren, pero sobre todo de comprometerse con ellos.